

POLITICA

ORGANO DE IZQUIERDA REPUBLICANA

“Vendrá la paz y vendrá la victoria. Pero la victoria será una victoria impersonal. Será la victoria de la ley, de la justicia y de la República”

AÑO III, NUM. 441 - Madrid, viernes 22 de enero de 1937 - PRECIO: 15 CTS.

“De las ruinas del país saldrá una Patria nueva” “Nos batimos por la unidad esencial de España”

“Señor alcalde, señores todos:

He oído con emoción, que me ha costado trabajo reprimir, las palabras de bienvenida que la legítima representación de la democracia valenciana acaba de dirigirme. En cualquier ocasión, en cualquier lugar de España, un saludo como éste quedaría profundamente grabado en mi corazón. Pero en las circunstancias actuales, y viniendo de la expresión auténtica de la democracia valenciana, su valor es imponderable. Valencia tiene en su historia el título glorioso de haber sido uno de los primeros y más fuertes hogares del republicanismo español, y en este país se daban de antiguo aquellas condiciones sociales, económicas y políticas merced a las cuales el árbol de la democracia ha podido crecer con la robustez que todos hemos tenido ocasión de admirar en tiempos pasados. Valencia, en la paz, era una joya de la República española, y en la guerra ha sabido cumplir con creces su obligación. Muchos hijos de Valencia han perdido sus vidas luchando en el frente por la salvación de todos sus hermanos de España. Conocemos los esfuerzos que en el campo de batalla los valencianos han sabido hacer. ¡Lloro a todos ellos! Y conste el agradecimiento de todos por el esfuerzo valenciano. Y conocemos también los servicios de otro orden que el país valenciano ha prestado acudiendo al socorro y mantenimiento de los combatientes en las poblaciones asediadas por el enemigo. Además, Valencia, al saludarme por boca de su alcalde, aviva mis sentimientos de otro tiempo, que ahora me es permitido evocar, porque recorran una actualidad moral.

Largo plazo de sufrimiento

A Valencia debo, en los comienzos de mi acción política, tan corta todavía, pero tan excesivamente dramática y tempestuosa, la primer acta de diputado que nunca tuve. Vuestro pueblo tuvo esa cortesía conmigo. Y hace año y medio, o poco más, la democracia valenciana nos prestó su auditorio clamoroso y su entusiasmo republicano para el grandioso acto en el que se inauguró la coalición política, que en el pensamiento de quienes la forjaron y en la pura intención de quien fué su portavoz estuvo llamada a prestar a la República una base amplísima de colaboración social y las bases pacíficas de progreso y de engrandecimiento de la sociedad española. Y es justamente hoy cuando evoco en Valencia y ante su alcalde este recuerdo, cuando tenemos delante el problema de la rebelión militar para destruir aquella obra que en Valencia se inició. Me es grato también que sea Valencia quien me presta la ocasión de decirlos, a los seis meses de guerra, unas cuantas palabras sacadas de la experiencia pasada, y que nos permiten considerar gravemente, en el optimismo sereno y razonable que nos pertenece a todos, los problemas inmediatos del porvenir. Seis meses de guerra, largo plazo de sufrimientos, señores; plazo que nos hubiera parecido increíble en el mes de julio, cuando el porvenir estaba oculto detrás del telón del tiempo. Pero ahora nos parece breve y encontramos en nuestra alma el vigor suficiente para duplicarlo, y triplicarlo si es menester, con tal de sacar adelante la causa de la República. (Muy bien.) En estos seis meses los datos principales de los problemas que tenemos delante no han variado en lo esencial. Lo que ocurre es que, como de la semilla sale la planta, lo que llevaba contenido en sí el problema al estallar en el mes de julio ha ido manifestándose a la luz.

El deber del Estado: oponerse a la rebelión

¿Qué fué para nosotros el hecho de la rebelión? Para nosotros fué y hubiéramos querido que siguiera siendo un problema de carácter nacional español, un problema interno de la política española. El hecho es bien conocido. Gran parte de las fuerzas armadas de la nación, en connivencia y como brazo ejecutor de partidos políticos adversos al régimen, se sublevó contra el Gobierno republicano con el propósito de derrocar por la fuerza el régimen que la nación libremente en el sufragio universal se había dado. Este es el hecho y delante de él el Estado y sus órganos representativos, en todas sus jerarquías, conocieron su deber y cumplieron su deber sin vacilar un solo segundo. ¿Cuál era su deber? Oponerse como fuese a la rebelión militar. No se transige con la rebeldía cuando se ocupa dignamente el Poder, y en la representación de un Estado no se puede, no se debe transigir jamás con la rebelión. La dignidad, el deber, lo que se representa y lo que se debe a la nación no lo permiten, por terribles que sean las consecuencias de la acción guerrera, y el Estado cumplió con su obligación. Pero ocurrió, señores, que la mayor parte de los elementos defensivos del Estado que pudiera disponer el Gobierno o estaban en la rebelión, o habían sido secuestrados por ella, o estaban disueltos o aminorados en su eficacia por consecuencia de la rebelión misma.

Cuando se hace la guerra hace falta una justificación moral

Y entonces sobrevino el hecho maravilloso: la sorpresa española, que no habían quizá previsto los autores de la rebelión. Ocurrió el hecho maravilloso de que el pueblo entero se puso a sustituir, a reemplazar a aquellos órganos del Estado que habían caído en inutilidad o en rebelión; el pueblo entero, en acuerdo estrecho con su Gobierno, con la representación del Estado, tomó las armas para defender su libertad y su República, y entonces se nos planteó el problema de aprovechar el entusiasmo, la lealtad, la fidelidad, el espíritu de sacrificio del pueblo para ir organizando y encausando todos esos valores morales en forma que constituyesen organismos nuevos que reemplazasen a los antiguos, para que, con el menor desgaste, con el menor esfuerzo, con la menor pérdida de tiempo y de energía, y con los menores sacrificios, el Gobierno de la República, el Estado republicano cumplieren con su deber, que era restablecer la paz en España y restaurar la República allí donde había sido temporalmente suprimida. Cumplido esto habíamos cumplido todos con nuestro deber.

Este esquema de la situación tiene un valor demostrativo para todos nosotros y para todo el mundo. Cuando se hace la guerra, que es siempre un mal; cuando se hace la guerra, que es siempre aborrecible, y más si es entre compatriotas; cuando se hace la guerra, que es funesta, incluso para quien la gana, hace falta una justificación moral de primer orden, que sea inatacable, que sea indiscutible. Y de estos hechos que acabo de dejar expuestos en esquema, ninguno de cuyos datos es rebatible, se deduce la inatacable de nuestra posición, la tranquilidad para nuestra conciencia personal y la tranquilidad para el porvenir de la Historia.

Un gravísimo problema internacional

Hacemos una guerra terrible, guerra sobre el cuerpo de nuestra propia patria; pero nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen. Nosotros somos los agredidos; es decir, nosotros, la República, el Estado que nosotros tenemos la obligación de defender. Ellos nos combaten; por eso combatimos nosotros. Nuestra justificación es pena ante la conciencia más exigente, ante la historia más rigurosa. Nunca heres agredido a nadie; nunca la República, ni el Estado, ni sus Gobiernos han podido no ya justificar, sino disculpar o excusar un alzamiento en armas contra el Estado. Nuestra posición se ha robustecido en estos seis meses.

Señalo el mundo entero y señalo los españoles todos, los que combaten a un lado y los que combaten al otro: nosotros hacemos la guerra por deber y en el cumplimiento del deber estamos dispuestos a persistir por tanto tesón como sea necesario para conseguir nuestro fin. (Muy bien. Aplausos.)

Por esto decía yo, señores, que el problema, al plantearse, era para nosotros hubiéramos querido que fuese siempre, un problema de orden nacional interior; como, si dijéramos, restablecer la observancia de la ley; como si dijéramos, un inmenso problema de orden público. Desgraciadamente no ha sido así; la rebelión militar española desde el primer momento ha adquirido los caracteres de un gravísimo problema internacional, y, cambiando de una paradoja, añadió que desde antes del primer momento; quiero decir antes de que saliese a la luz el hecho físico de la rebelión, porque estamos todos persuadidos de que si no hubiera prece-

En un memorable discurso, el Presidente de la República dice que el pueblo español sabrá encontrar el camino para su reconstrucción.—La victoria será el triunfo de la libertad republicana y de los derechos del pueblo, enemigo de las aventuras internacionales y de las guerras



PRESENTE CONTRA TODAS LAS TIRANIAS HACEMOS LA GUERRA EN CUMPLIMIENTO DE UN DEBER

El verbo encendido y suavemente velado por la emoción del Presidente de la República española, radiado por todas las emisoras de la España leal y transmitido por las invisibles ondas de la telefonía inalámbrica, se difundió ayer tarde por el mundo, llevando a todos los países la verdad y la justicia de la causa de nuestro pueblo.

De algún tiempo a esta parte se ha podido apreciar el gradual y creciente desarrollo en las naciones extranjeras de un movimiento favorable a la claridad y divulgación de las verdaderas características de la lucha empeñada sobre el solar nacional, contrario al confusionalismo, subvencionado con el dinero español y extendido por nuestros enemigos más allá de las fronteras. Pero con todo y con eso se venía dejando sentir la necesidad de que una voz autorizada, cual la de don Manuel Azana, hablara para los españoles, y para los que no lo son, justificando la guerra que venimos haciendo contra los seculares enemigos de las libertades del pueblo. Inscrito en su Constitución, la República adoptó el compromiso de renunciar a la guerra como instrumento de política nacional, a pesar de lo cual es España el escenario de una lucha sangrienta que amenaza propagarse fuera de sus límites territoriales. Hay tropas extranjeras en nuestro país; peligra la independencia de la patria; por ello, hacemos la guerra en cumplimiento de un deber, manteniendo por encima de todo el valor nacional de nuestra causa, dedicando los mayores entusiasmos y las más intensas energías a esta nueva guerra contra el invasor, para conseguir la victoria, aun cuando hubiere que consumar en la empresa los sacrificios más grandes.

El primer magistrado de la nación, con la elocuencia y con la exactitud en él habituales, examinó en su discurso de ayer las proyecciones internacionales de la contienda entre nuestro pueblo y los fascismos extranjeros y las posibilidades de su repercusión fuera de España, sosteniendo que la República y su Gobierno no han hecho nada que pudiera favorecer una guerra entre las naciones; por el contrario, han hecho lo que han podido y están haciendo lo posible para impedirlo, correspondiendo, no a los españoles, sino a otros, alejar el peligro de una conflagración que pudiera derivarse de la ruptura del equilibrio en el Occidente de Europa, que tanto interesa mantener a Francia e Inglaterra. Magistralmente, exhibió el señor Azana la superchería del llamado movimiento nacionalista, que tiende a yugular la libre expresión del pueblo, afirmando con decisión que el Gobierno español no ha adquirido compromiso político de ninguna clase con ningún país del mundo. Habló el Presidente de la República de la necesidad de mantener la actual coalición de fuerzas políticas y sociales hasta conseguir la victoria, y del factor moral, el que más nos importa para nuestro modo de hacer la guerra: disciplina y obediencia en las tropas, capacidad de mando y responsabilidad en los jefes. Y en cuanto a la retaguardia, reconocimiento de la autoridad incontestable del Gobierno.

Los párrafos en los que el ilustre Presidente de la República puso más emoción fueron los de elogio a los combatientes—combatientes de verdad—, y, por encima de todo, los de Madrid, del heroico Madrid, admirable ejemplo para el mundo entero y capitalidad moral de todos los españoles. De sus ruinas—dijo—saldrá una nueva capital, como de las ruinas del país brotará una Patria nueva. Afirmó su fe liberal y democrática, mostrando su oposición a cualquier tiranía y expresando que ningún régimen será posible en España, si no está fortalecido por estas dos grandes pasiones: pasión española y pasión de la libertad.

Las palabras que ayer pronunció don Manuel Azana hubrán llegado a calar en lo más hondo de los españoles, animándolos en la lucha heroica que vienen sosteniendo en defensa de la libertad colectiva, contra la opresión que se pretende imponer desde fuera, para lograr la victoria—el triunfo impersonal—, que no será el triunfo de un hombre, por ídolo que sea, ni el de un partido, sino el triunfo de España, cuya bandera republicana simboliza las libertades de todos los pueblos que la integran.

dido una intensa labor internacional, la rebelión militar española no habría estallado. (Muy bien.)

La zona española de Marruecos como origen de la rebelión

De dos maneras, a juicio mío, la rebelión militar de España asciende a la categoría de grave problema internacional; de una parte, por su origen marroquí, por haber tomado la zona española de Marruecos como origen de la rebelión y como depósito y base de operaciones de los rebeldes, y de otra, por el auxilio en material y en contingentes armados que ciertas potencias extranjeras han prestado y prestan a la rebelión.

En cuanto al primer aspecto, es preciso confesar que todos los Gobiernos de la República, desde que estalló la rebelión, le han prestado una cuidadosa atención, más que la opinión pública en general. El hecho es bien claro: en la zona del Protectorado español de Marruecos los militares encargados de proteger la zona y de auxiliar al Gobierno del Protectorado en su función se rebelan contra el Gobierno legítimo de la nación protectora y no se limitan a venir personalmente a pelear en la Península, sino que además de traerse las unidades peninsulares allí acantonadas traen tropas indígenas, reclutan soldados entre los moros de la zona y convierten lo que era expansión de la actividad política de España y cumplimiento de un compromiso internacional en la base de operaciones contra el Gobierno legítimo de la República.

El acta de Algeciras y los tratados y pactos complementarios

Este es el hecho. Compárese con la situación de derecho, Marruecos es un Estado extranjero para nosotros; la soberanía de Marruecos corresponde al sultán; el sultán tiene en nuestra zona un jefes que, como su nombre expresa, es delegado o emanación suya en lo político y en lo religioso; los decretos se expiden en su nombre, asistido de un alto comisario español y todas las fuerzas que España costea allí o subvenciona a través del Majzen son tropas que están a las órdenes del Protectorado para los fines del Protectorado mismo, no para otra cosa. El hecho de que las tropas del Protectorado, que los súbditos marroquíes, que no son españoles, y el jefes, representante del sultán, que no ha puesto en duda la legitimidad del Gobierno español, que sabe que este Gobierno es el Gobierno de la República; digo que el hecho de que el jefes, en manos de los rebeldes, o prisioneros de ellos, o traidor, consienta esto, es no sólo contrario a las leyes españolas, sino a los tratados y pactos internacionales en virtud de los cuales España está en Marruecos. España está en Marruecos en virtud del Acta de Algeciras y de los tratados y pactos complementarios. Por qué está allí no es ocasión de examinarlo; pero estamos en virtud de eso y para cumplir esa misión, y el hecho de que se consienta o se permita, o se disimule que las autoridades del Majzen presten una silenciosa aprobación al transporte de tropas marroquíes a España es una agresión a los tratados internacionales, una violación de los pactos que nos mantienen en Marruecos, además de ser un ataque al Gobierno de la República.

Lo que hemos recibido de Marruecos: sinsabores

Vosotros sabéis qué sacrificios se ha impuesto España por mantener el Protectorado en Marruecos. Nosotros no discutimos ahora esa política; vosotros sabéis con qué escrupulosidad los Gobiernos españoles han querido mantener el Protectorado en Marruecos y de qué manera los Gobiernos republicanos trataron de transformar la acción de España en Marruecos, desvirtuándola de su espíritu conquistador para hacerla más acomodada a las intenciones propias de la República y a los fines verdaderos del Protectorado. Nuestro país se ha impuesto por el protectorado de Marruecos sacrificios ingentes que habrían bastado, invertidos en el interior del país, a redimir gran parte de nuestras provincias; pero de Marruecos nosotros no hemos recibido más que sinsabores: tan pronto una dictadura, tan pronto una rebelión militar. Y yo digo si no va a llegar pronto el día en que la opinión pública española, volviéndose hacia sus Gobiernos, les pregunte: ¿No es hora de poner término a una situación ultrajante, nociva, desconocedora de los tratados internacionales, creadora de una difícil situación para las potencias signatarias del acta de Algeciras?

Nada más que esto es lo que hay en el hecho de la rebelión militar española encauzada y lanzada desde Marruecos. A mí no me corresponde ahondar más en el problema, no buscarle una solución, ni enunciarla; el problema existe. El Gobierno español lo sabe y la opinión pública también.

Nos damos cuenta de la dificultad del problema, pero sería vano suponer que el problema va a dormir eternamente subyacente, en los accidentes más violentos de la rebelión, sin que la República española, que es quien tiene derechos sobre Marruecos y quien puede imponer los derechos de España en Marruecos, no tome al fin el arbitrio que procede.

En presencia de una invasión extranjera en España

El otro aspecto de la cuestión por donde, como decía antes, la rebelión militar asciende al plano internacional, es el auxilio prestado a los rebeldes por ciertos países europeos. Cuando las fuerzas marroquíes, que también son extranjeras, no fueron bastantes para los fines militares de la rebelión, o cuando perdieron su eficacia militar, o por lo que fuese, han empezado a venir a España contingentes armados de otros países. Y esto cambia en cierto modo la situación moral creada por la rebelión, porque ya no se trata del peligro de la República, ya no se trata simplemente de una guerra civil entre españoles; digámoslo claro: estamos en presencia de una invasión extranjera en España, y lo que peligra no es solamente el régimen político, sino la independencia auténtica de nuestro país. (Fuertes aplausos.)

Hace meses, allá por el mes de julio, la primera vez que yo tuve ocasión de dirigirme a la opinión pública después de empezada la rebelión, me permití decir que la guerra que entonces se inauguraba era una nueva guerra de la Independencia, y que además prometía ser el primer acto de una guerra general europea no declarada entonces todavía. Algunas personas encontraron exagerados los términos de la declaración. Pero que esto es una guerra de Independencia ya lo estamos viendo, no sólo por el hecho de que el pueblo español se lance al combate para recuperar sus derechos, que es una manera de ser independiente, sino por el hecho más concreto y menos discutible de que hay pasos extraños en el suelo español, huestes armadas contra nosotros, y de cuyo triunfo resultaría la opresión absoluta de la independencia española.

Esta es la realidad: guerra de invasión, ataque directo a la independencia de España.

Delincuentes contra la esencia viva de nuestra Patria

Y este hecho nuevo, en virtud del cual la personalidad o la representación militar, política y moral de los rebeldes pasa un poco a segundo término y aparecen en primera línea otros valores más importantes y más graves, crea para todos los españoles, incluso para los rebeldes, un problema de conciencia.

A mí no me cuesta ningún trabajo ser generoso con nuestros enemigos—no me lo ha costado nunca; no me arrepiento—, y en esta corriente de generosidad llevo hasta a suponer que en las filas de los rebeldes habrá muchas gentes ofuscadas por la pasión política, por fanatismo de partido, por obediencia mal entendida, por un compañerismo llevado a extremos abusivos y perniciosos; pero me cuesta mucho trabajo creer que entre las tropas rebeldes no haya muchos que hayan sentido el sonrojo de españoles cuando de su rebeldía se ha hecho llave para abrir la puerta del territorio nacional a los ejércitos extranjeros. (Nutridos aplausos.) Me cuesta trabajo creer que entre los militares rebeldes, delincuentes contra el Estado—no vamos a disimular la gravedad de su delito—, rebeldes contra el régimen, olvidados de la disciplina; me cuesta trabajo creer, digo, que entre estos militares no haya muchos a quienes les repugne y les horrorice ser delincuente contra la esencia viva de nuestra Patria. Me cuesta trabajo creerlo, porque siempre he creído en la eficacia del sentimiento del pundonor: aunque se extravie, llevándonos a los extremos de la

(Pasa a la página tercera.)

"El pueblo español no quiere dictaduras"

(Viene de la página primera.)

Rebelión que estamos viviendo. Rebelarse contra un Gobierno, rebelarse contra el Estado legítimo, estoy dispuesto a encontrarlo, no legítimo, pero natural. Lo que es antinatural es facilitar la invasión de la Patria. Este es el problema moral que se crea para los rebeldes por el hecho mismo de acción haciendo entrar en España a ejércitos extranjeros.

La bandera republicana es la bandera de la independencia

Y otro problema del mismo tipo, aunque sin amarguras, se crea para muchos españoles que no han querido tomar parte en la contienda vil, que dicen que son neutrales, que por estas razones o las otras, unas respetables, otras miserables, se creen superiores a la contienda que nos gita. Y yo digo a todos estos españoles, altos o bajos, conocidos o desconocidos, dondequiera que estén: os permito, tolero, admito que no os importe la República, pero ¿que no os importe España? ¿Que no os importe la independencia de España? ¿Que podéis creer que es lícito seguir siendo neutrales cuando España está invadida y en peligro de que pase al dominio de un país extranjero? Eso no puede ser. Esa neutralidad equivale a la traición. Hay que llamarles a todos, a todos, porque la bandera republicana ha adquirido el valor de la bandera de independencia española y quien no se agrupe en torno suyo y no preste el auxilio que le corresponde, donde sea, falta a su deber; no ya a su deber de republicano, sino a su deber de español. (Muy bien. Aplausos.)

Nos parecía que la guerra en España, la rebelión militar por estos pechos a que estoy aludiendo, podía ser el primer acto o sería el primer acto de una guerra general no declarada. Tal fué mi expresión. Casi todo el mundo está conforme ahora en que este peligro existe. ¿Y por qué existe este peligro? Dejémos a un lado aquellas preocupaciones de los meses pasados, cuando planteado el problema de la aportación de material al Gobierno legítimo de España y a los rebeldes, se temía—seguramente que con honesta sinceridad—que una competencia por el mejor aprovisionamiento de uno y otro bando llevara a ciertos países a un choque armado. Ahora, repito, deo eso a un lado. El peligro existe porque la invasión de España y la disputa por la posesión de España es la ruptura del equilibrio del mundo occidental europeo y la ruptura del equilibrio se hace a través de las potencias que hasta hoy, fieles en la amistad de España, no podían mirar sin perturbaciones ni preocupaciones de ninguna especie, la situación en el occidente de Europa.

Pueblo español es enemigo de las aventuras y de las guerras

Me doy muy bien cuenta, como todos vosotros, de que el peso político de España en el mundo es inferior a su dimensión geográfica; que nuestra potencia militar, o nula potencia militar, si queréis, disminuye este peso de España en el mundo europeo; que además el pueblo español es el pueblo enemigo de las aventuras internacionales y de las guerras—sus propios tiene—, y que sobre lo único que hemos estado de acuerdo todos los españoles en las últimas décadas es en ser todos partidarios de una posición neutral. Pero dentro de estas características la presencia de España en el sistema occidental europeo tenía un valor extraordinario, el que se debía a su posición geográfica, de sus balcones a dos mares, de su posición en el Estrecho, de sus posesiones isleñas destacadas en el Mediterráneo y en el Atlántico, de sus riquezas naturales y, cabalmente, del desmoronamiento de sus fronteras terrestres y navales; cabalmente de esto, es decir, de la debilidad militar de España y su voluntad de neutralidad han sido la pieza fundamental en la organización del sistema de equilibrio en el mundo de Europa.

Adhiriéndonos a Marruecos, vosotros sabéis bien que a pesar de todos los derechos históricos de España, o de todas las veleidades de expansión de ambición que nuestro país haya podido tener respecto a África, la razón de que nosotros fuésemos o nosotros estuviésemos en Marruecos, no era ninguna de esas, sino la de que no estuviéramos otros países, simplemente, conservar ese equilibrio que precisamente cada día está en la de romperse. Se rompe el equilibrio, pero nosotros no somos el objeto principal de la ruptura. La posesión de las riquezas naturales españolas, de sus puertos, de sus bases, que no necesitan para estar dominadas por el extranjero enarbolando una bandera extranjera, que no necesita partirse en provincias el territorio nacional para estar sometido a un ojo extranjero; la posesión de todo eso mira a un objetivo superior, a un objetivo, el cual nosotros hemos salvaguardado siempre por nuestra propia situación pacífica y por nuestra situación de desarme. Y esto es el deber de guerra.

La advertencia leal y sincera a las demás potencias

Naturalmente, el Gobierno de la República—yo supongo que la opinión del país—no ha incurrido nunca en la infantil pretensión de creer que otros países van a posponer su interés nacional al nuestro. El interés nacional de cada país es sagrado para el país mismo, y mucho menos se le ha ocurrido al Gobierno de la República irle a explicar a otros países en qué consiste su propio interés nacional. Esto habría sido de una impertinencia summa. Pero a nosotros, sin incurrir en esa impertinencia y sin incurrir en ese candor, nos basta señalar el mapa, marcar los acontecimientos y que a demás saquen las consecuencias. Y si el equilibrio del Occidente de Europa se va a romper, tendremos que meditar, señores y amigos, si no valdria la pena, en último término, de que se rompa a favor nuestro, como ahora que sea, porque a un país no le están cerradas todavía ninguna de las puertas que se abren ante él.

Yo me acuerdo de que este sistema a que me estoy refiriendo de la posición española como una pieza esencial en el equilibrio occidental de Europa jugó bien ventajosamente para la paz y ventajosamente para la guerra en el año 14. ¿No podría jugar otra vez? Y si España hubiese cometido el error de formarse una potencia militar, por el hecho sólo de formarse una potencia militar en España, que nos habría costado enormes sacrificios económicos, ya con ese solo hecho el equilibrio estaría roto, aunque hubiésemos puesto nuestra potencia militar a la disposición del sistema de paz o al cual siempre hemos sido fieles.

¿Se puede romper de otra manera? Yo temo que sí, pero no hago más que temer y espero que la sabiduría de quienes gobiernan y dirigen los destinos de Europa sabrán darse cuenta de que la lealtad, la fidelidad y el espíritu de la nación española tienen un valor, pero que también tiene otro valor, o puede tenerlo, el rearme de la nación española. (Muy bien.)

La República lo ha hecho todo por evitar la guerra

Estos peligros de guerra, de guerra general, porque nosotros ya tenemos bastante con la nuestra; estos peligros de guerra han podido hacer pensar a muchos que el convertirse la guerra española en una guerra general europea pudiera ser ventajoso, suponiendo que al calor de los grandes encuentros de los países europeos la causa española, la justa causa española que nosotros representamos, saldría a flote con más facilidad. Yo os digo así. El Gobierno tampoco. En primer lugar, porque la guerra, como es siempre una catástrofe y no es lícito buscar la guerra. Y en segundo término, porque la guerra general, si por desventura llegase a estallar, dejaría sumidas las aspiraciones españolas y la justa causa española de las grandes contiendas que se plantearan al mundo europeo de la contienda militar, y correríamos el peligro de que nuestra causa, aun ganando esa guerra, se resolviese o se ultimase por motivos, o condiciones, que no son las que nuestro corazón de españoles y de republicanos apetece.

No. Nosotros tenemos que conservar en primera línea el valor nacional de nuestra causa y no envolverlo en ninguna otra causa más y hacer valer nuestra causa todo lo que ella es en sí, no jugándola como factor internacional en picos que al fin y al cabo no nos importan.

Por estos motivos la República y los Gobiernos de la República no han querido que pueda favorecer o aconsejar o llevar a una conflagración general. Lejos de hacer nada en ese sentido han hecho todo lo que han podido por evitar un choque europeo armado.

Para extinguir la guerra hay que derrotar a los rebeldes

Ahora se habla de limitar la guerra y de extinguir la guerra. Limitar en el sentido, si no me equivoco, de que no traspase el conflicto a las fronteras españolas y no se convierta la guerra civil española en una conflagración general. Esto es limitar la guerra. Y extinguir la guerra es acabarla, naturalmente, y restablecer la paz en España.

Para la limitación de la guerra nosotros no tenemos acción ninguna, los peligros de la guerra provienen de que otros pueblos traen a España sus ejércitos con miras que pasan por encima de la propia causa española, nosotros no tenemos medios naturales de evitar esa conducta. No. Para la limitación de la guerra nosotros no tenemos acción ninguna, para establecer la observancia del Derecho internacional, escandalosamente violado en nuestro suelo; corresponde a otros tomar las precauciones necesarias para que estos peligros de la guerra, que redundan en perjuicio de España, se suspendan. ¡Ah! Pero para extinguir la guerra, sí; para extinguir la guerra nosotros no tenemos más que un procedimiento, y es continuarla. Para extinguir la guerra nosotros no tenemos más que derrotar a los rebeldes, y una vez derrotados ya veremos la manera los dudosos, los más realistas, los más rehacidos, acaban por reconocer que tenemos razón. (Risus.) Para limitar la guerra el Gobierno de la República ha consentido sacrificios en su derecho, como vos-

otros sabéis bien; ha consentido el sacrificio de prestarse a la inspección o control de la importación de armas en España. Nosotros hemos mantenido siempre la pureza del derecho de un Estado legítimo, del Gobierno legítimo, a comerciar con otros países. Mantenemos el principio. Se nos ha dicho: conviene a la paz internacional una cierta transigencia.

La legitimidad del régimen no puede ponerse en duda

Y hemos transigido. El Gobierno responsable ha transigido, con las reservas y con las condiciones que creo son ya públicas, pero hemos transigido en principio. Ahora, ni para limitar la guerra, ni para extinguir la guerra, por cualquier procedimiento que se pueda poner en acción, nosotros estamos dispuestos a admitir que se ponga en tela de duda ni caiga la menor sombra sobre la autoridad de la República, sobre la legitimidad del régimen, sobre la autoridad del Gobierno que lo personifica, ni sobre ninguna de las representaciones del Estado oficial español. Sobre eso, nada. Primero, perecer. (Los asistentes, en pie, prorrumpan en prolongados aplausos.)

Quiero que conste, aunque sea redundante el decirlo, que mi presencia en este sitio significa y denota la continuidad del Estado legítimo republicano (Muy bien. Aplausos.), que encuentra en el Presidente de la República, en el Gobierno responsable en funciones y en las Cortes los órganos supremos de su expresión representativa y de mando. Esa es la representación de la República, y sobre estas entidades, por lo menos en mi presencia en este sitio, con la de este Gobierno y la de la opinión pública, ni una mancha ha de caer. (Grandes aplausos.)

Pero nosotros—es decir, el Estado y el pueblo español, que esto es lo que digo cuando digo nosotros—no nos batimos sólo por esta concepción formal del derecho del Estado. No. Hay el contenido apasionante, patético, arrancado del corazón, que es el objeto de la contienda: nosotros nos batimos por la unidad esencial de España. Nosotros nos batimos por la integridad del territorio nacional. Nosotros nos batimos por la independencia de nuestra Patria y por el derecho del pueblo español de disponer libremente de sus destinos. Por eso nos batimos. (Muy bien. Aplausos.)

No tiene contraído la República compromiso alguno

Oigo decir por propagandas interesadas, aunque mi higiene mental me lleva a privarme de ellas cotidianamente; oigo decir que nos estamos batando por el comunismo. Es una enorme tontería si no fuese una maldad. Si nos batiésemos por el comunismo se estarían batando solos los comunistas; si nos batiésemos por el sindicalismo se estarían batando solos los sindicalistas; si no batiésemos por el republicanismo de izquierda, de centro o de derecha, se estarían batando los republicanos. No es eso; nos batamos todos, el obrero y el intelectual, el profesor y el burgués—que también los burgueses se baten—y los Sindicatos y los partidos políticos, y todos los españoles que están agrupados bajo la bandera republicana, nos batamos por la independencia de España y por la libertad de los españoles, por la libertad de los españoles y de nuestra patria. (Grandes aplausos.)

Somos objeto de una campaña difamante en el orden político fuera de España y dentro de España. Nosotros, señores, no exportamos política. ¡Ya sé yo que no estamos en condiciones de exportarla!, pero es que tampoco tenemos intención de exportar política española a ninguna parte, más tampoco importamos política extranjera, ni admitiríamos la importación, ni nadie nos la ha pedido, ni nos la ha propuesto, ni lo desea. Y estoy autorizado por mi función para declarar que la República española no tiene contraído ninguna especie de compromiso político con ningún país del mundo. (Muy bien. Grandes aplausos.)

Al pueblo español le repugna la dictadura militar

¿Es que cuesta tanto trabajo comprender el impulso nacional de un pueblo que no quiere dejarse poner una argolla? ¿Pero tan extraño se ha vuelto para muchos españoles el concepto de la libertad y de la dignidad humana, y de la dignidad nacional, que les parece inverosímil batirse por algo que no sean los intereses de clase o la ideología de un partido? Pero y el sentimiento propio del hombre libre y el galardón de español ¿no bastan para hacerse matar en las trincheras?

Oigo hablar de un movimiento nacional, que es como creo que califican a su acción rebeldes los autores de la rebelión. Un movimiento nacional ¿puede existir si empieza por secuestrar la libertad de la nación? Yo estimo que un movimiento nacional sería irrefrenable en cualquier sentido que se pronunciase si tal fuese el movimiento: nacional. Pero para que haya un movimiento nacional lo primero que tiene que haber son nacionales libres para manifestarlo. Y un movimiento político armado de la guerra que se proclama nacional, no tiene más que someterse a la prueba de dejar a sus súbditos, a sus esclavos, a sus dominados, que digan lo que piensan y lo que quieren. ¡Ah! ¡Si dicen que quieren la dictadura militar yo me comprometo a suscribirlo, porque estoy seguro de que poquitos españoles votarían en favor de la dictadura militar!

Una unión que necesitará ir más allá de la victoria

Entonces, ¿qué es este movimiento nacional? El movimiento nacional está aquí, en donde alienta el pueblo libre, asistiendo al Gobierno legítimo de la República en su tremenda empresa. No he visto ningún desfallecimiento. A nadie se le ha obligado a combatir, a nadie se le ha obligado a abrazar la bandera de la República. ¿Pueden decir lo mismo los que sostentan este apelativo de movimiento nacional? Supongo que no. Sobre esta base de la unión del pueblo español en defensa de sus libertades esenciales de hombre y de las libertades y de la independencia de su Patria, es sobre la que está asentada esta enorme coalición de las fuerzas políticas y sociales y de Gobierno, en defensa de España. Yo estimo que esta coalición y esta unión deben continuar, por lo menos, hasta la paz, por lo menos hasta la victoria. Quisiera que después también, porque cuando se acabe la guerra y ya haya forzosamente que prestar atención a una porción de problemas que ahora no están más que latentes, nos va a parecer que la guerra era cosa de juego y que los problemas de entonces serán muchos más difíciles y graves, con ser tan terrible el problema de la guerra misma, y para entonces será necesaria también la cohesión de los españoles y el espíritu de abnegación y sacrificio que hoy por hoy reina entre todos vosotros.

Hay un solo modo de hacer la guerra

Pero, mientras tanto, permitásemos decir que necesitamos una política de la guerra. Estamos haciendo una guerra política, pero necesitamos una política de guerra, lo mismo en los frentes de batalla que en la retaguardia. Una política de guerra que no tiene más que una expresión: la disciplina y la obediencia al Gobierno responsable de la República. (Muy bien.) Ahí se cifra todo. Podríamos desarrollar esto en largas palabras, pero ahí se cifra todo: en la conducta misma de la guerra, en los aspectos morales del problema. Porque no me canso de repetir que no hay dos modos de hacer la guerra, o más exactamente, que hay muchos modos de hacer la guerra, todos malos, menos uno: el que conduce a la victoria, y éste es el que hay que seguir. No hay dos modos de organizar un ejército, y una guerra se gana con un ejército bien organizado. Ya sé yo que durante mucho tiempo, durante décadas, incluso profesionales han estado haciendo creer al público español que había un modo de hacer la guerra a la española que no era el sistema de guerra adoptado por los grandes países del mundo. Esto parecía la obra inconsciente de gentes empeñadas en rebajar el calibre español a la categoría de segundo orden. No hay más que un solo modo de hacer la guerra, y como en la guerra, a pesar de todas las aportaciones de la mecánica y de los adelantos de las artes industriales, etc., el factor decisivo es el hombre, el factor decisivo de la guerra es el soldado, el combatiente, el factor moral de la guerra es lo que más nos importa, y el factor moral de la guerra se traduce en disciplina, en obediencia, en capacidad, en mando y en responsabilidad. Todo lo demás o es una insensatez propia de la gente sin calibre, sin disciplina y sin conocimiento exacto de las cuestiones, o es un puro suicidio involuntario, al cual nosotros no podemos llevar a la República ni a la nación.

Que no renazcan los vicios de la vieja política

Y en la retaguardia no es menos necesario el espíritu de obediencia y de disciplina, que no es de irresponsabilidad en los que mandan, sino de reconocimiento de la capacidad y de las autoridades competentes para gobernar, y mientras gobiernen y funcionen, ellas son las responsables de la dirección del país, y a ellas hay que prestarles el acatamiento y la asistencia sin los cuales no hay gobierno posible. Hay que guardarse de que el entusiasmo nacional y popular se extravíen en iniciativas personales o particulares llenas de buena intención, pero que, por su propia indisciplina y dispersión, están destinadas al fracaso. Hay que guardarse de que la espontaneidad española, de la que he hecho el elogio más fervoroso que se puede hacer de una cualidad nacional, esta misma independencia personal de cada español, redunde en perjuicio de nuestra causa. Y, sobre todo, hay que guardarse de que reaparezcan en tiempos de perturbación y de creación como los actuales los vicios más repugnantes y desacreditados de nuestra vieja política. Yo he visto por ahí que renacen los caudillos, que los han cambiado de nombre y hasta de procedimiento, y en vez de ser curulescos y legalistas y llevar en el bolsillo una carta de recomendación, lo que hacen es llevar un fusil al hombro; pero que no son

más valientes por muchos fusiles que lleven. Eso es una especie de caudillismo e indisciplina, en cuya extirpación hay que ayudar al Gobierno de la República. (Grandes aplausos.)

Los errores de conducta serían un crimen de lesa humanidad

El señor alcalde, en sus emocionadas palabras, hablaba ya de la paz. Nadie la desea más firmemente que yo, pero la paz no se puede conseguir sino consumiendo sacrificios, y el sacrificio es más duro cuantas más cualidades personales hay que doblegar y disciplinar, y quemarlas en la pira de la causa común. Me creo autorizado para recordar a todos que los defensores de la República, dondequiera que estemos, en el Gobierno, en la Presidencia, o trabajando en un camino o conduciendo un camión, tenemos muchos jueces, muchos, unos presentes, otros ausentes; unos actuales y otros que vendrán.

Y estamos obligados, por la causa que nosotros representamos, a hacer todo lo preciso para que el fallo de todos esos jueces juntos nos sea favorable. Y de todos esos jueces, que unos son la conciencia personal, otros la opinión pública, otros la opinión del mundo extranjero, otros los de la Historia; de todos esos jueces el más apremiante, el más autorizado, son los combatientes, los combatientes de verdad, los que se han hecho matar en las trincheras, los que se están haciendo matar a estas horas, los que van a morir mañana. Estos son nuestros jueces más inmediatos, y sería un crimen, no de lesa patria, sino de lesa humanidad, que errores en la conducta—errores, no hablo más que de errores—pusiesen en peligro de malogro el sacrificio de estos hombres por los cuales existimos.

Madrid, lo más grande de la Historia contemporánea de España

No encontraría yo palabras, señores, para rendir el homenaje que merecen los combatientes, los combatientes que combaten, y de todos estos combatientes menciono a los de Madrid porque Madrid ha asumido, como decía muy bien Cano Coloma, una representación excelsa. ¡Madrid, asesinados sus hijos, arrasados sus monumentos, en llamas sus tescros de arte!... La misma excelcitud de su martirio lleva este drama a una grandeza moral como ningún pueblo español había conocido hasta ahora. (Estas palabras son acogidas con prolongados aplausos.)

Y es verdad, Cano. En Madrid, donde nunca había pasado nada, pasa ahora lo más grande de la historia contemporánea de España, y será menester que transcurra tiempo para que los propios madrileños, todavía no asesinados, alegremente conformes con su tremendo destino, puedan percibir las repercusiones que su resistencia sin límite va a tener en los destinos de España.

Si, Madrid se ha ganado una vez más la capitalidad moral de todos los españoles.

Yo no digo una sola palabra más de Madrid. El silencio vale por la admiración y por la gratitud. Madrid podrá ser el símbolo de toda la actitud del pueblo español, y de sus ruinas saldrá una nueva capital como de las ruinas del país saldrá una patria nueva. Para esa obra me emplazaba el alcalde de Valencia. Mucho honor sería colaborar en ella, pero hay que tener presente que reconstruir un país, y sobre todo (porque no se trata solamente de rehacer puentes ni edificios derruidos) rehacer el espíritu moral y sacar los frutos políticos y morales de la victoria es una empresa que, si se pierde el espíritu actual que reina entre los defensores de la República, no sabríamos llevar a término nadie.

Reconstrucción moral, liberal, política y social

La guerra de la Independencia—hacía la cual me vuelvo yo muchas veces siempre que hablo yo de esta guerra—cobijó y amparó el nacimiento de un movimiento político español, el primero en que la nación española tomaba conciencia de su propio ser y empezaba a alefear con independencia política. Aquel movimiento político, al abrigo tremendo de la guerra, se malogró, como todos sabéis mejor que yo, y se malogró, entre otras causas, por falta de cabezas políticas bastante claras para sacar las consecuencias morales y de orden político que iban implicadas en el triunfo del movimiento. Espero que esta vez no sea así y que el pueblo español, mucho más ilustrado y más consciente de su posición y de sus derechos que el pueblo español de entonces, sepa encontrar el camino, las personas, los programas y los hechos necesarios para su reconstrucción moral, liberal, política y social, que importa más que la reconstrucción material de las ciudades destruidas con importar mucho ésta.

No tengo por qué desde este sitio—quizá desde ningún otro—hacer programas políticos ni sociales; pero sí puedo decir mi sentir, mi íntimo sentir personal. Yo creo en las creaciones que van a salir de esta conmoción tremenda de España y pienso con deleite en aquel momento de paz en que la majestad del pueblo liberado y redimido de la tiranía administre sus destinos con arreglo a las experiencias recibidas, confrontándolas con los ideales populares que ahora se manifiestan con tanto vigor. Pienso en ese día. No sé cuál será el régimen político español. Será el que el pueblo quiera. Pero el que quiero yo es un régimen donde los derechos de la conciencia y de la persona humana estén defendidos y consagrados por todo el aparato político del Estado, donde la libertad moral y política del hombre esté asegurada, donde el trabajo recupere en España lo que quiso hacer de él la República, la única teoría cualificativa del ciudadano español y donde esté asegurada la libre disposición de los destinos del país por el pueblo español en masa, en su colectividad, en su representación total.

Ni la sinrazón de la ametralladora, ni la dictadura de la pistola

Si un día hace falta volver a combatir contra la tiranía, yo diré "presente". Contra cualquier tiranía. Porque no estamos ahora manteniendo este combate terrible, donde perecen los afectos más entrañables de nuestra vida moral, donde se desgarran las más íntimas fibras de nuestros sentimientos españoles; no estamos librando este combate contra la tiranía ni contra el despotismo para rehacerlo otra vez contra cualquiera otra tiranía, contra cualquier otro despotismo, y yo estoy seguro que el pueblo español ha adquirido la suficiente grandeza moral en esta prueba para no querer someterse jamás ni a la sinrazón de la ametralladora ni a la dictadura de la pistola. (Muy bien.) Dondequiera que sea, y para cuando sea, para combatir contra la tiranía, vuestro actual Presidente—Presidente o no, o simple vecino de Madrid—será un soldado de filas. Para otras empresas le inculca al pueblo y a sus expresiones legítimas decir cuál es su ambición. Ningún régimen será posible en España si no tiene por base lo que acabo de decir, y como yo en mi vida pública no he tenido más que dos pasiones: la pasión española y la pasión de la libertad, cifro estas dos pasiones en una sola cosa: en el hombre libre, con el galardón de ciudadano español, en una República de hombres libres.

Esta es para mí la ambición mayor y creo que para todos los que me escuchan.

El triunfo de los derechos del pueblo

Vendrá la paz, y espero que la alegría os colme a todos vosotros. A mí, no. Permítidme decir esta terrible confesión: que desde el sitio que estoy no se cosechan, en circunstancias como esta, más que terribles sufrimientos, torturas del ánimo de español y de mis sentimientos de republicano. Ninguno de nosotros hemos querido este tremendo destino. Ninguno lo hemos querido. Hemos cumplido el terrible deber de ponernos a la altura de este destino. Vendrá la paz y vendrá la victoria; pero la victoria será una victoria impersonal: la victoria de la ley, la victoria de pueblo, la victoria de la República. No será el triunfo de un caudillo, porque la República no los tiene, y porque no íbamos a sustituir el antiguo militarismo oligárquico y autoritario por un militarismo demagógico y tumultuario, más funesto que el otro y más ineficaz todavía en el orden profesional. La victoria será impersonal, porque no será el triunfo de ninguno de nosotros, ni de nuestros partidos, ni de nuestras organizaciones. Será el triunfo de la libertad republicana, el triunfo de los derechos del pueblo, el triunfo de entidades morales delante de las cuales nosotros nos inclinamos. No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, seguramente su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España. (Grandes aplausos y vivas a la República. Todos los asistentes, en pie, ovacionan largamente al señor Presidente de la República.)

Gran expectación en Barcelona para escuchar al señor Azaña

Barcelona, 21.—Desde las cuatro de la tarde se ha estacionado, frente a los establecimientos que disponen de radio, gran número de ciudadanos para oír el discurso del Presidente de la República.

En la Generalidad, después de escuchado el discurso, se ha comentado con satisfacción por los representantes de los distintos sectores del tona del discurso y de la afirmación relativa a que la extinción de la guerra sólo podrá lograrse continuando la lucha.—Fébus.

España quiere vivir en paz y bajo un régimen democrático

Londres, 21.—En una entrevista concedida al "Daily Herald" por el ministro de Estado español, señor Alvarez del Vayo, ha declarado éste que el peligro bolchevique en España sólo existe en la imaginación de quienes lanzaron esta leyenda para alterar el orden de cosas existente en el Mediterráneo y en África.

El pueblo español—añadió—quiere vivir en paz, como lo ha demostrado en las últimas elecciones, bajo un régimen democrático, por avanzado que sea.

La situación actual es el resultado del estado de guerra creado por la lucha cruenta que estamos obligados a sostener. Cuando haya sido ganada, con la victoria vendrá el restablecimiento de las libertades que Franco quiso hundir.—Fébus.

El Gobierno, las Cortes, el Tribunal Supremo y el Cuerpo diplomático saludan al Presidente de la República

Un gentío inmenso le recibió con aplausos clamorosos a su llegada al Ayuntamiento

Valencia, 21.—A las cuatro y media de la tarde comenzaron a llegar al Ayuntamiento las personalidades invitadas para oír el discurso del Jefe del Estado. El primero fué el jefe del Gobierno, y después llegaron los ministros de Propaganda, Trabajo, Instrucción Pública, Gobernación, Comunicaciones, Obras Públicas, Agricultura y los sin cartera Giral y Aguadé. Largo Caballero fué recibido con grandes aplausos. A las cinco menos veinte llegó el Presidente de la República, que fué acogido con grandes ovaciones y vítores. Una compañía con bandera y música rindió honores militares.

A la puerta del Ayuntamiento fué recibido Su Excelencia por el alcalde y bastantes concejales.

Inmediatamente dió comienzo la recepción oficial, en la que saludaron a Su Excelencia los embajadores de la U. R. S. S. y Méjico, el embajador de Méjico en Londres, los encargados de Negocios de Inglaterra y Francia, los presidentes de las Cortes, Tribunal Supremo y Tribunal de Garantías, numerosos diputados, intelectuales, hombres de ciencia y autoridades locales y provinciales.

El señor Azaña conversó afablemente con muchos de los invitados a la recepción. Terminada ésta, Su Excelencia y los invitados pasaron al salón de fiestas, donde permanecieron hasta momentos antes de dirigirse al salón de sesiones, donde el Presidente de la República pronunció su anunciada alocución al pueblo español ante el micrófono, en presencia del Gobierno, Cuerpo diplomático y diputados.

En la presidencia tomaron asiento el Jefe del Estado, los presidentes del Consejo y de las Cortes y el alcalde de Valencia.

Terminado el acto, el Jefe del Estado se trasladó al Salón de la Chimenea, y tras breves minutos de descanso abandonó el Ayuntamiento. Rindió nuevamente honores la compañía que montaba la guardia, mientras la banda interpretaba el himno nacional.

El público, que había permanecido en la plaza de Castelar, dió al Presidente de la República y al jefe del Gobierno muestras efusivas de adhesión al tributarles las más entusiastas ovaciones, y acompañó a los coches durante largo trecho, vitoreando a la República y a sus hombres más representativos.

NUESTRAS BATERIAS DE LOPORZANO BOMBARDEARON AYER HUESCA

Barcelona, 21.—El comunicado del Consejo de Defensa de esta noche dice: "Circunscripción Norte.—En el sector de Igiles se ha pasado a nuestras filas un soldado. Sobre nuestras posiciones de La Granja y Tierz han volado aparatos facciosos, que han ametrallado nuestras líneas sin causar bajas. Nuestras baterías de Loporzano han bombardeado Huesca.

Circunscripción Centro.—Por dos veces la Aviación enemiga ha volado sobre nuestras líneas y ha bombardeado las avanzadillas de Suelta Alto, sin resultado. En tierras de Alcubierre se han pasado a nuestras filas tres soldados. Circunscripción sur Ebro.—Sobre las doce cincuenta se ha observado que desde las posiciones de Logo el enemigo trataba de llevar hacia el Este las dos piezas de artillería que tiene en el monte Calvario. Nuestra artillería ha interrumpido su trabajo y ha derribado un emplazamiento. Se le han causado al enemigo algunas bajas. Extremo Sur.—Sin novedad."—Fébus.

Alemania se prepara Continúa la fortificación de las islas del mar del Norte

Londres, 21.—El periódico "Manchester Guardian" dice que la fortificación de las islas alemanas del mar del Norte se ha intensificado en los últimos tiempos, habiéndose instalado 80 cañones blindados en Helligoland. Actualmente se ultima la construcción de aeródromos, arsenales y depósitos de espesa subterráneos, algunos de estos construidos a 25 metros de profundidad.—Fébus.

Ginebra comprende la necesidad de llegar a un acuerdo entre las democracias para defenderse de la amenaza fascista

EN LA REUNION PRIVADA FUERON APROBADAS TODAS LAS PROPOSICIONES DEL MINISTRO DE ESTADO ESPAÑOL

El delegado de la U. R. S. S. apoyó la posición del señor Alvarez del Vayo

Ginebra, 22 (3 m.).—En el orden del día provisional del Consejo de la Sociedad de Naciones figuran veintidós cuestiones. Habiendo tres de bastante importancia. Una de ellas, la relativa a los refugiados en las Embajadas y Legaciones de Madrid, había sido incluida a requerimiento del Gobierno de Chile.

El Consejo, en una reunión privada celebrada ayer tarde, a las cinco, ha examinado este último punto, que había despertado gran interés.

La discusión entre el delegado de Chile y el embajador en Londres, señor Edwards, y el ministro de Estado español ha constituido un positivo éxito para el representante de España.

HABLA EL SEÑOR ALVAREZ DEL VAYO

Al examinar el orden del día, el señor Alvarez del Vayo pidió que fuese incluido en el mismo el excelente informe de la Comisión de Higiene que estuvo en España. El documento, hecho público hoy, ha causado una impresión muy favorable para el Gobierno de España.

El delegado de Chile, basándose en los siguientes argumentos: Puesto que la iniciativa de Chile había sido tomada en virtud de requerimientos del Cuerpo diplomático de Madrid, su aceptación constituiría un precedente grave en las prácticas de Ginebra. El Cuerpo diplomático se encontraría de pronto con una personalidad reconocida que le permitiera provocar la inclusión de una cuestión cualquiera en el orden del día del Consejo. De otra parte, el delegado de España preguntó al de Chile si eran las potencias acreditadas cerca del Gobierno español las que le habían autorizado

para suscribir una cuestión de esta naturaleza. Le preguntó igualmente sobre el artículo del Pacto basaba su demanda.

En su respuesta el delegado de Chile aludió a la cuestión de fondo, señalando los excesos y abusos cometidos en la práctica del derecho de asilo desde el comienzo de la rebelión militar. Dijo que al oponerse a que la demanda de Chile fuese incluida en el orden del día tenía que hacer un gran esfuerzo para privarse de la oportunidad, que seguramente le ofrecería la tribuna pública del Consejo, de informar a la opinión internacional, ampliamente, sobre todo lo que hay de verdad sobre esta cuestión de los refugiados.

CUESTIONES DE ORDEN HUMANO

Una vez esclarecidos los términos en forma que no dejaba lugar a dudas, el delegado de España manifestó que, con espíritu de conciliación, no tenía inconveniente y aceptaba su otra proposición de discutir en la actual sesión del Consejo el informe de la Comisión sanitaria, y que al referirse a la evacuación de Madrid se examinasen simultáneamente todas aquellas otras cuestiones de orden humanitario que pudieran derivarse del examen de la situación de Madrid.

El delegado de la Unión Soviética, señor Litvinov, intervino para apoyar con argumentos irrefutables la posición tomada por el delegado de España. Subrayó que la representación española estaba en lo justo, ya que en ningún tratado ni convenio internacional se obligaba al Gobierno de la República a aceptar el derecho de asilo, y que únicamente una convención coincidente con todas las que ha tenido la República en el campo internacional le había llevado a la situación de hoy.

Tras nuevas intervenciones de los de-

legados de España y de Chile, y del representante de Francia, ministro de Negocios Extranjeros, señor Delbos, el Consejo se pronunció a favor de la proposición del señor Alvarez del Vayo, y la demanda chilena, considerada como una cuestión a tratar por separado, fue excluida del orden del día.

En cambio ha quedado incorporado, de acuerdo con la petición de España, el examen del informe presentado por la Comisión sanitaria. En dicho informe los comisionados de Ginebra destacan ampliamente la gran labor realizada por el Gobierno español en el terreno sanitario y humanitario, y rinde un homenaje especial al ministro de Sanidad, Federico Montseny, constatando que por parte de todas las autoridades españolas la Comisión encontró las mayores facilidades para el desempeño de su misión.

COMENTARIOS FAVORABLES A ESPAÑA

Las conversaciones particulares, que son en Ginebra más importantes que las reuniones públicas, al margen del Consejo, se refieren a la necesidad de llegar a un acuerdo entre las democracias para defenderse de la amenaza fascista. Al fin, algunos Gobiernos comprenden la enorme falta cometida al ayudar a los fascistas o permitiendo pasivos ante sus maniobras.

El señor Alvarez del Vayo ha celebrado hoy importantes conversaciones particulares con el ministro Eden, ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra, y después con el señor Litvinov. Más tarde, con el señor Delbos.

Se ha comentado en los pasillos del palacio de la Sociedad de Naciones la intervención de ayer tarde del señor Delbos, desfavorable a la proposición de Chile y en apoyo a la proposición del señor Alvarez del Vayo.—Fébus.

Rodríguez de Viguri, a punto de ser fusilado por los facciosos

Valencia, 21.—Una destacada personalidad que ha estado en la provincia de Guipúzcoa y se encuentra en Francia actualmente ha relatado detalles interesantes de cómo se desarrolla la vida en San Sebastián, Irún y otras poblaciones. San Sebastián dice se ha convertido en una población triste. Son más de 9.000 los pisos desahabitados y se calculan en 50.000 las personas que han huido por resistir la inhumana actuación de los facciosos. Irún tenía 20.000 habitantes y ahora sólo cuenta con 3.500.

Relata hechos bochornosos cometidos por los facciosos, ignominiosos o parecidos a los de otras regiones donde dominan, tales como el asesinato de niños y niñas, imposición de suscripciones "voluntarias", etc. Los requetés en su actuación llegan a límites casi grotescos. Forman una guardia en las puertas de las iglesias para detener y castigar a las personas que se permitían abandonar el templo antes de que la misa haya terminado. Sin embargo, se ha dado el caso de que en la nutrida lista de personas fusiladas en Guipúzcoa se cuentan hasta ahora 23 sacerdotes y bastantes frailes. Lo más interesante es lo que refiere de algunos políticos conocidos.

Luis Rodríguez de Viguri, ex ministro del Gobierno Berenguer, portafalista, actual diputado, antes agrario, y gran amigo de Franco y Mola, se hallaba en Francia, donde se había trasladado al escapar el movimiento faccioso. Franco y Mola le invitaron a que regresase a España y le ayudara en la tarea de implantar el fascismo. Viguri aceptó y en el uniforme en Burgos, Salamanca y Valladolid. Todo ello y la circunstancia de que un hijo suyo había sido condenado por fascista en Madrid por el Tribunal Popular no le valió para nada cuando unos rebeldes le detuvieron por deserción al régimen fascista. Fue detenido y encarcelado en Valladolid, donde se halla desde hace dos meses y medio en espera de que se resuelva su situación de reo condenado a la pena de muerte.

Valentín Ruiz Senén, hombre de confianza de los facciosos y que ha favorecido cuando ha podido a los facciosos, proporcionándoles cuantiosos medios económicos, ha caído también en desgracia por la desconfianza de los rebeldes que últimamente le achacaron el hecho de haber contribuido hace años a la dirección del diario madrileño "Luz". Ruiz Senén pudo escapar a tiempo del terreno faccioso, donde no podría volver sin correr el riesgo de ser fusilado.

Valentín Ruiz Senén, hombre de confianza de los facciosos y que ha favorecido cuando ha podido a los facciosos, proporcionándoles cuantiosos medios económicos, ha caído también en desgracia por la desconfianza de los rebeldes que últimamente le achacaron el hecho de haber contribuido hace años a la dirección del diario madrileño "Luz". Ruiz Senén pudo escapar a tiempo del terreno faccioso, donde no podría volver sin correr el riesgo de ser fusilado.

DIALOGOS EN EL FRENTE

"Esto no me divierte. He de idear otra cosa"

—¿Qué te pasa, muchacho?
—Nada; que me dislocó el brazo
—me contesta con acento extremeño.
—¿Algún esfuerzo?
—Regular.
—¿Observo que trata de rehuir la conversación. El comandante le retiene.
—No te vayas, hombre. Atiende a esto compañero.
—El muchacho da una especie de gruñido, y se queda de mala gana.
—No te quedes a la fuerza. Vete-le digo.
—No. Si no es por usted. Pero ya estoy harto de que me hagan contar lo mismo. Hoy ya he colocado el cuento tres veces. Lo mejor es que me vaya, y se lo cuenta usted—termina, dirigiéndose al comandante.
—Bueno, hombre, vete. Toma tu permiso.
—El muchacho coge el papel y se aleja cojeando.
—¿Es de ahora la cojera?
—No, él es cojo. Pero es un valiente de cuerpo entero. Aunque no se hubiese dislocado el brazo, bien merecido tenía el permiso.
—¿Cómo se llama?
—Agustín San Bartolomé. Es un dinamitero de Cáceres.
—¿Qué ha hecho?
—Algo fantástico. Algunas veces, como es lógico, los facciosos nos arrojan bombas de mano. Aquí estamos muy cerca unos de otros, y no es preciso salirse de las trincheras para hacerlo. Ni tan siquiera hay que usar lanzabombas. Teniendo un buen brazo basta.
—¿Y se dislocó el brazo de lanzar bombas?
—No; espera. Cuando los facciosos nos tiraban bombas, él no accedía como la cosa más natural del mundo, las cogía y las devolvía a las trincheras enemigas. Un día dijo: "Esto no me divierte. He de idear otra cosa". Y le vimos toda la noche muy preocupado. Al día siguiente vino a mí muy satisfecho. "Ya di con ello"—me dijo. Y me mostró un garrote muy grueso que blandía con orgullo.
—¿Qué hizo con él?
—Se pasó dos días esperando a que tirasen bombas. Por fin, llegó el momento que deseaba. "Ya viene una", gritó, radiante. Y según llegaba por el aire, sin dejarla tocar el suelo, le dio con el palo con un consumado furor de bo-

FRANCIA SE HALLA GRAVEMENTE AMENAZADA POR LA INVASION FASCISTA DE ESPAÑA

Gabriel Cudenet, en un emocionante artículo, pone de relieve todo lo que la bárbara agresión fascista supone

"Le Petit Journal", de París, publica el siguiente artículo, cuya reproducción consideramos justificada por la importancia que tiene:

Alemania e Italia, tras larga meditación, han formulado un ultimátum, en vez de una respuesta. Los dos documentos, concebidos con un mismo espíritu, no difieren más que por su estilo.

A través de fórmulas sutiles y provocadoras, se revela una voluntad única: la voluntad de aniquilar a la España republicana. El desembarco de nazis en Marruecos español nos da una idea del alcance de la buena fe alemana.

El "führer" se quita la careta. Se dice que es un nuevo Agadir. No, ¡es un Schlieffen-Holstein africano! Nos lo enseñamos con un Bismarck histórico.

Desde el mes de agosto vengo denunciando el plan del fascismo; las objeciones, así como los insultos, me han dejado indiferente. Los hechos aportan hoy la confirmación patente de cuanto he venido diciendo. Los más ilustres colegas de la Prensa adversa, como Emile Buré y Pertinax, se dan cuenta a su vez de que, con el pretexto de la cruzada anticomunista, se desarrolla un plan metódico de sometimiento universal, que para Hitler es, a la vez, una actitud mística y una cortada.

EN EL RIF EMPEZO Y EN EL RIF DES-APARECERA

En la hora actual, el gran pensamiento del "führer" es el "putsch" marroquí. Los agentes nazis, desarrollando una táctica infernal, tratan de persuadir a los indígenas del Rif de que ni Franco ni los gubernamentales pueden hacer nada por ellos.

Se trata de desligar España de los pobres incautos que los rebeldes lanzaron a la aventura sangrienta del 18 de julio. A estos desgraciados se les presenta el jefe del Tercer Reich como una especie de Mahoma moderno, lanzado por un capricho de Alá a un apartado rincón del mundo para preparar una obra de liberación musulmana. El levantamiento faccioso, engendrado en el Rif, ha cumplido su papel, y en el Rif desaparecerá. Franco, capitán sin talento ni gloria, debe desaparecer detrás de su inspirador y banquero. Ha llegado el momento de convertir a la Península en una colonia alemana, y puesto que Berlín no ha podido ganar la partida por persona interpuesta, el Reich tratará de asumir los riesgos por su cuenta y el éxito eventual de la aventura.

EL PORVENIR DE LA CIVILIZACION

La zona marroquí española será entregada a los alemanes por los moros a quienes se les ha engañado con promesas de autonomía. Una vez en posesión de esta zona, los nazis dirán a Francia: "Aquí estamos contra Derecho bien entendido; pero aquí estamos. La experiencia os ha demostrado que para nosotros la posesión equivale al título; aquí permaneceremos mientras queramos... a menos que vosotros nos ofrecáis a cambio algo que nos convenga".

Hitler quiere colonias, y no desea obtenerlas como contrapartida a un real acuerdo de desarme. Tampoco ha juzgado conveniente solicitar allí donde ha considerado que podía imponerse. El golpe de fuerza ha dado

parte del ministerio de Marina y Aire:

"Esta tarde fueron bombardeados por una de nuestras escuadrillas diversas posiciones estratégicas del enemigo en el frente de Teruel. En Madrid una patrulla de cazas salió en persecución de un "Heinkel" enemigo que volaba sobre Alcalá de Henares, no consiguiendo darle alcance. Sin otra novedad."

La aviación leal bombardeó ayer las posiciones enemigas del frente de Teruel

También actuó en el frente de Madrid

Parte del ministerio de Marina y Aire:

"Esta tarde fueron bombardeados por una de nuestras escuadrillas diversas posiciones estratégicas del enemigo en el frente de Teruel. En Madrid una patrulla de cazas salió en persecución de un "Heinkel" enemigo que volaba sobre Alcalá de Henares, no consiguiendo darle alcance. Sin otra novedad."

En el frente de Vizcaya se limitó ayer la acción a duelo de artillería

Un requeté pasado a nuestras filas hace declaraciones sospechosas

El 22 (1 m.).—En el sector Urduliz-Ochandiano hubo escasa actividad. Tres aviones rebeldes volaron sobre nuestras líneas y arrojaron unas octavillas; pero el viento contrario hizo que fueran a caer en el propio territorio enemigo. Los aviones leales hicieron por su parte vuelos de reconocimiento y exploración. La artillería enemiga bombardeó nuestras posiciones de Urduliz, en el sector de Elorrio. Las baterías leales contestaron, haciendo enmudecer a los cañones facciosos.

En Elgueta hubo también duelo artillero durante la mañana. Nuestras baterías bombardearon nuevamente los Altos Hornos de Vergara, causando desperfectos en los patógenos destinados a la fabricación de material de guerra. Hoy se ha pasado a nuestras filas un requeté, que formaba parte de un grupo de veinticuatro que intentó pasarse a se-ball, devolviéndola a la posición fascista, donde fué a estallar. Así se pasó media mañana. Algunas, muy pocas, le fallaban, y entonces las cogían con la mano y las tiraban fuera de la trinchera. Pero le "contrariaba mucho no acertar". El comandante se detiene en un momento, y luego termina: "Naturalmente, al final de la mañana tenía un brazo dislocado. CARBO

resultado, y al golpe de fuerza acudiré para frenar el Imperio africano o asiático, como hizo para rehacer el Imperio en Europa. El drama que se desarrolla por llegar a la posesión de Madrid es el drama del fascismo hitleriano, que se juega en España sus posibilidades de hegemonía o de fatal decadencia. En las mismas de España se está decidiendo el porvenir de esta hermosa potencia, y, por consiguiente, el porvenir de nuestro país e incluso de nuestra civilización.

SOMETIMIENTO TOTALITARIO

Ya es hora de que se percate nuestra nación de lo que se debate no es una cuestión de partido ni de ideología, sino un problema de vida o muerte. España separada del África del Norte con una España alinda de Alemania; una Francia que consiente en el Mediterráneo sea entregado a los piratas en el siglo XX—ya que los marineros alemanes cometen los mismos actos que realizaban los piratas en el siglo XVI—es una Francia que desaparece de la vista de las grandes naciones. Se encuentra en retroceso sobre su propio destino. Que no se invoque la excusa de la defensa de la paz. Un país como el nuestro no gana la paz preparando las condiciones de la derrota. Tampoco apacigua a sus rivales tentándolos. El apóstrofe Demóstenes nos viene a la memoria: "El peligro más temible no es Felipe, sino vuestra flojedad. Si Felipe muriera mañana, vuestra debilidad crearía un nuevo Felipe."

Es preciso que nos persuadamos bien de que ya no hay una "guerra civil española", sino expedición fascista sobre el territorio español. El asalto a Madrid lo realizan los legionarios de Hitler; muchos de ellos se encuentran frente a la capital de España, como estaban el día de mañana frente a Estrasburgo. Se encuentran al servicio de Berlín sobre un territorio extranjero para desarrollar en él una obra de sometimiento europeo totalitario.

FRANCIA VUELVE A ESTAR AMENAZADA

Nuestra famosa "neutralidad" se convierte así en una carencia de arrestos que se confunde con la prudencia. A quienes desean la unión de los franceses nos es permitido decir que la ocasión es admirable para comprometernos e impedir el que se mine nuestra nación.

El peligro de muerte que corrió el reino durante la época de Carlos V es el mismo peligro que hoy corre la tercera República, puesto que las mismas fuerzas que se unieron contra la Francia de los reyes, se han constituido hoy contra la Francia del sufragio universal.

No tenemos, pues, que salvar una doctrina o una política, por muy vinculados que estemos a ellas, sino la patria eterna, la de Marignan, como la de Valmy, la que atesora la herencia de los años, como la que levanta el ideal de la revolución.

Nuestros antepasados rompieron el cerco que intentaba un emperador. ¿Dejaremos nosotros que se realice el cerco que prepara un dictador?

Quiénes en estos momentos encarnan la responsabilidad de Francia deben tener decisión y perseverancia en la decisión.

Gabriel CUDENET

IMPRESION DE MADRUGADA

Los frentes de Madrid permanecieron tranquilos ayer

Otras veinticuatro horas transcurrieron con tranquilidad en el frente de Madrid. Son ya muchos los días, desde que los facciosos llegaron a las puertas de la capital, en que hemos tenido que repetir lo mismo, y muchos los días que hemos tenido que insistir sobre la misma consigna de una alerta constante. Consigna que no debemos abandonar mientras los facciosos estén viniendo a las puertas de Madrid. No quiero decir que cuando se les obligue a alejarse ya que abandonar la vigilancia. Pero el peligro no será tan inminente y el cuidado de un segundo no tendrá las consecuencias gravísimas que ocasionaron en los momentos actuales.

El hecho es que después de la segunda tentativa a fondo hecha por los facciosos para tomar Madrid, su situación se ha hecho aún más insostenible. Basta leer sus comentarios u oír sus radiotelefonos para percatare de ello. Ya no hallan en la entrada en Madrid a plazo fijo. Ni siquiera calculan una fecha aproximada. Y esto en su retaguardia, entre sus partidarios, ha de ser de un efecto demoralizador.

Todos sus entusiasmos de estos días no se concentraban en las operaciones de la provincia de Málaga. Pero han pasado la firme decisión de las fuerzas republicanas para que también hayan pensado que cesar en esta campaña sería políticamente especulador.

Por otra parte, cada fracaso de los facciosos hace que aumente la moral de nuestras tropas, al tiempo que disminuye la de los enemigos auténticos, ya que la de los pobres soldados que obligan a luchar por el terror no puede estar moralizada.

Y a la postre se verá cómo lo que unos hacen, tiempo de que el fracaso de esta frente a Madrid será el principio de la gran victoria de la República es una realidad que libera a España de la posibilidad que esta guerra se cierra en estos días trágicos.

Visado por la censura

Los frentes de Madrid permanecieron tranquilos ayer

Otras veinticuatro horas transcurrieron con tranquilidad en el frente de Madrid. Son ya muchos los días, desde que los facciosos llegaron a las puertas de la capital, en que hemos tenido que repetir lo mismo, y muchos los días que hemos tenido que insistir sobre la misma consigna de una alerta constante. Consigna que no debemos abandonar mientras los facciosos estén viniendo a las puertas de Madrid. No quiero decir que cuando se les obligue a alejarse ya que abandonar la vigilancia. Pero el peligro no será tan inminente y el cuidado de un segundo no tendrá las consecuencias gravísimas que ocasionaron en los momentos actuales.

El hecho es que después de la segunda tentativa a fondo hecha por los facciosos para tomar Madrid, su situación se ha hecho aún más insostenible. Basta leer sus comentarios u oír sus radiotelefonos para percatare de ello. Ya no hallan en la entrada en Madrid a plazo fijo. Ni siquiera calculan una fecha aproximada. Y esto en su retaguardia, entre sus partidarios, ha de ser de un efecto demoralizador.

Todos sus entusiasmos de estos días no se concentraban en las operaciones de la provincia de Málaga. Pero han pasado la firme decisión de las fuerzas republicanas para que también hayan pensado que cesar en esta campaña sería políticamente especulador.

Por otra parte, cada fracaso de los facciosos hace que aumente la moral de nuestras tropas, al tiempo que disminuye la de los enemigos auténticos, ya que la de los pobres soldados que obligan a luchar por el terror no puede estar moralizada.

Y a la postre se verá cómo lo que unos hacen, tiempo de que el fracaso de esta frente a Madrid será el principio de la gran victoria de la República es una realidad que libera a España de la posibilidad que esta guerra se cierra en estos días trágicos.